

Mi homenaje a Anatole France

LLEGO tarde para ofrecer mi homenaje al maestro France. ¿Llego tarde? El terrible episodio de los pasados días me indujo a volver mi vista, como a un refugio espiritual, a la estantería que en mi pequeña biblioteca familiar guarda los libros del querido autor. Pero... ¿qué buscaba en ellos? ¿En qué honduras de ese espíritu magistral encontraría mi consuelo? Porque la verdadera superioridad de Anatole France reside en haber sabido «polarizar» su alma y compensar la amargura de su ironía con la noble fe de su esfuerzo por la liberación humana. Contra el escepticismo de M. Bergeret no hay mejor antídoto que la vida ciudadana de Anatole France.

Podríamos imaginar un diálogo filosófico entre personajes de alegoría, cada uno de los cuales representara una de las formas en que los hombres han buscado la compensación al dolor de la vida y a la evidencia inexorable de la muerte. Esos personajes forman una gradación espiritual, que va desde la pasividad resignada hasta la lucha heroica. ¿Quieres, lector, que los evocemos ahora, entre tú y yo, como en un conjuro? Reconócelos bien: son la Ironía, la Protesta, la Lucha...

¡Oh, paradoja! ¿Dónde están los manantiales eternos del pesimismo? ¿Dónde los del optimismo? Por una ironía de ironías, la risa es la máscara de los que ven la vida como trasunto del mal. En cambio, la lucha peligrosa y temeraria, aun a costa de la muerte, brota en la esperanza de la posibilidad del bien. Nada más pesimista que la farsa cómica. Nada más optimista que la tragedia, por la cual los hombres combaten a los dioses y les vencen.

Anatole France es un irónico. Pero como escritor, no como ciudadano. Pertenece a una estirpe bien francesa, cuyos dos más típicos predecesores son Rabelais y Voltaire. Y aquí podríamos inducir la trayectoria de lo que llamaríamos el «modo irónico», que empieza en la grasa parodia bufonesca (*farsa, sátira*, palabras etimológicamente idénticas) y se depura hasta el amargor de la percepción filosófica del contraste entre la vida y la idea de felicidad.

Sería interesante un ensayo sobre las relaciones entre la escuela epicúrea y la tradición de la ironía. Anatole France, espíritu clásico, muestra claramente la conjunción de aquellas dos estirpes intelectuales.

Pero la ironía no es la única masa

consoladora de los hombres. En el fondo, ironía es resignación, reconocimiento de la inutilidad del esfuerzo. No la confundamos con la resignación cristiana, que envuelve la esperanza de una existencia superior: el «reino de los cielos». La ironía fundamental es el último reducto de instinto de conservación, que se abstrae de su propia cualidad humana y ríe del contraste entre la inconsciencia de la vida y la certeza de la muerte.

Mas ese consuelo no nos basta. Por ello, en la escala de valores que va desde la ironía al esfuerzo, el segundo grado es la protesta. He aquí el verdadero patrimonio de la tradición romántica. La protesta no tiene un sólo matiz. Su verdadero germen es la desesperación. El que desespera, en realidad espera, porque apela a sus fuerzas íntimas para conjurar la fatalidad. Cuando la ironía toma las formas del *humour*, convierte la risa en protesta, en impropio contra los dioses enemigos. Estamos en los umbrales de la escuela estoica. Contra la evidencia del mal, el refugio es la voluntad. Si no podemos anular el mal, el remedio consistirá en objetivarlo, hacerlo extrínseco a nosotros, inhibirnos de él, superarlo.

Desde esa modalidad espiritual, el paso al grado inmediatamente superior no es difícil. De los gérmenes mismos de nuestra «pasión» nacerá la «acción» suprema: el esfuerzo, el combate con la fatalidad, la «agonía» en su sentido original, o sea la lucha contra las fuerzas «antagónicas» a nuestra voluntad de «protagonista». Es el alto sentido de la tragedia. Y la tragedia, contra todas las vulgares interpretaciones de su concepto, es una forma de optimismo, porque en ella va envuelta la convicción de la victoria final del esfuerzo humano.

Resumiendo, pues, esa trayectoria que va desde la ironía pesimista al esfuerzo triunfador, a través de la disconformidad y la protesta, podríamos decir que la Novela, en cuanto representa objetivismo, observación de la realidad, pintura de la Naturaleza, siempre hostil al hombre, es un elemento negativo, propicio a la sugestión de la ironía y del pesimismo. La Novela, por ser la plasmación literaria de la vida, nos la presenta en toda su negrura.

Por oposición a ese objetivismo cruel y desnudo, el individuo, por instinto de defensa y afán de conservación, acude al consuelo de su fan-

tasía, que le crea un mundo ideal como habitación de su espíritu. Así nace la Lírica, sede nativa de la Protesta, germen de todo optimismo. Y de la Lírica nacerá el sentido heroico, por el cual la Historia se transfigura en Epica, sobreponiendo a las fuerzas fatales la paternidad espiritual del hombre, y marcando en el áspero terruño de la vida el surco de la voluntad humana.

La Tragedia es la depuración de ese sentido heroico; en ella se ha pasado a la plena subjetivación del esfuerzo, y, por lo tanto, del sentido optimista.

La lección que nos da esa vida ejemplar de Anatole France consiste, para mí, en haber sabido elevar su personalidad por encima de su obra; en haber sabido ser campeón, además de artista. Pasan ante nosotros, en sus páginas ya teñidas con la pátina de la inmortalidad, las suaves y hondas ironías; pasan los personajes representativos de la burla pesimista, vagamente ambiguos, entre cínicos (en el sentido original de la palabra) y epicúreos (también en la primitiva y pura acepción). Acaso las poesías del maestro fueron construídas en su torre de marfil, llena de tesoros de bibliófilo. Pero en nuestro recuerdo viven más aquellos dulces desdoblamientos, que nos muestran a France en su dilectantismo exquisito, conjurando con su sonrisa la presencia eterna del dolor.

¿Bastaba esa actitud, o, mejor, esa pasividad, amable, que se remanga la toga patricia para no mancharla en los charcos del camino? ¡No! Y toda una vida de noble interventor civil, de actividad protestaria y generosa, una profesión continua de fe en la eficacia de la idealidad y del esfuerzo, opuso vigorosamente, como un rescate, el hombre al artífice, el poeta a la obra; el noble visionario de *Vers les temps meilleurs* y *Sur la pierre blanche*, a las crudezas de Jerónimo Coignard, el nuevo clérigo goliardo.

Ante la agonía de Thais, Pafuncio se arrepintió de haber sido un rudo Joakanan. Pero ante las injusticias del mundo, Anatole France ha querido compensar bellamente la inercia profesional de M. Bergeret. Ha querido tener, como Carducci,

un fiore per l'amore,
e per l'odio una saeta.

GABRIEL ALOMAR

(*La Libertad*, Madrid).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.